

Persona y fábula de Alejandro Rossi

Julio Ortega

1. Persona civil

Encabezada por el rector de la Universidad Autónoma de México, el 25 de enero del 2000 una Comisión de Garantías que buscaba salidas negociadas a la larga huelga de estudiantes, trató de entregarle al Comité de Huelga los resultados del plebiscito universitario que había sido convocado y realizado por esa Comisión cinco días antes. Ese plebiscito demostró al mundo que la mayoría de los universitarios rechazaba la huelga que estaba destruyendo a la más importante universidad mexicana, y que es cernía como una oscura amenaza sobre el futuro político del país. Los valerosos miembros de esa Comisión, entre ellos el rector Juan Ramón de la Fuente y el escritor y profesor emérito, Alejandro Rossi, fueron agredidos por los huelguistas. Rossi cayó al suelo, golpeado, y la horda siguió de largo.

Aunque la violencia había cundido en la toma de algunos edificios y se había desencadenado en los enfrentamientos de los huelguistas con la policía y con los estudiantes que intentaban recuperar sus facultades y exigían volver a clases, este incidente de enero tuvo un carácter decisivo. Después de meses de negociaciones, diálogos y propuestas, la última alternativa institucional demandaba a los huelguistas asumir la voluntad democrática de la mayoría. Mayor violencia fue su respuesta, y con ella perdieron la palabra empeñada y el sentido de su propia lucha.

El 21 de septiembre del año siguiente, volvió Alejandro Rossi a la UNAM. Esta vez a recibir, de manos del rector De la Fuente, el doctorado honorario en reconocimiento a sus años de docencia, a su obra literaria de viva calidad, y a su integridad intelectual y civil. En este acto de reafirmaciones académicas, el rector, un médico de profesión, y el investido, un filósofo y escritor, confirmaban algo más que el protocolo, aunque la Universidad le da sentido también a los protocolos; confirmaron que la vida universitaria es más larga y duradera que los conflictos que la ponen a prueba, porque está hecha por las concurrencias del porvenir. Es decir, por la promesa de la mejor educación, aquella que sigue dando cuenta, en la plaza pública, del nombre puesto a prueba y la palabra empeñada.

Contra todas las penurias que ha padecido, los descréditos que sus propios hijos le han devuelto, y las miserias humanas que la han plagado, la UNAM sigue siendo, hoy como ayer, uno de los grandes espacios vitales de la modernidad latinoamericana. Por más que ésta sea una modernidad desigual, la UNAM ha sido parte de su mejor refutación, aquella que provee alternativas al pensamiento único y sentido de pertenencia a las versiones del porvenir. No en vano, en pocos meses la voluntad de mejorar los procedimientos, superar los cacicazgos, actualizar los medios, probar la calidad ganada, son síntomas que, aquí y allá, se han hecho patentes, a pesar de las dimensiones hiperbólicas de esta Universidad de universidades, que no sólo es la más grande del mundo sino la menos cara, esto es, la más productiva.

Quien haya pasado en algún momento por esta Ciudad Universitaria (yo, desde el verano de 1969) tiene su propia composición de lugar. Pero habiendo compartido uno u otro período del discurso mexicano, uno sabe que allí el país se traduce a sí mismo como pensable y legible. Ese año remoto de mi primer viaje, recuerdo haber visitado el taller literario de Margo Glantz y la Librería de la Universidad con Rosario Castellanos. También la Casa del Lago, foro público de la UNAM, donde dicté un par de clases sobre la poesía de César Vallejo; pero también Radio Universidad, la *Revista de la Universidad*, el Teatro de la Universidad... La Universidad me pareció una exaltación del lenguaje. Y la evidencia de que la vida universitaria podía incluir a la cultura como un paisaje cotidiano. Sólo que la cultura mexicana de entonces, al año siguiente de la matanza de estudiantes en la Plaza Tlatelolco, era un espacio de lectura asombrada, como si la tragedia rebasara a las palabras. El lenguaje mexicano ya no fue el mismo después del Tlatelolco. Lo demostraron Octavio Paz y Carlos Fuentes, Elena Poniatowska y José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis y Gabriel Zaid, Jaime Sabines y Héctor Aguilar Camín.

En ese escenario, Alejandro Rossi introdujo, además de su escepticismo irónico ante los discursos de la historia oficial, el registro de una comarca latinoamericana que convierte a la violencia en fábula capaz de exorcizar los orígenes.

2. Persona transitiva

Nacido en Florencia en 1932, de madre venezolana y padre italiano, Alejandro Rossi conoció desde niño el español materno, que se impuso como la tierra firme de su errancia. Después de visitar Caracas su familia radicó en Buenos Aires. De esos años cruciales provienen sus primeros relatos. Un día

de 1952 se le reveló el significado de la literatura al asistir a una charla de Jorge Luis Borges. En esos años estudió en México con José Gaos; en Friburgo, con Heidegger; en Oxford, con Gilbert Ryle y los filósofos analíticos; y estuvo después tentado por una carrera académica en los Estados Unidos. Eligió volver a México, a pesar de la penuria del visado y los consulados. Fue profesor de la UNAM, uno de los fundadores de la revista *Crítica*, que inició la renovación de los estudios filosóficos. Su libro *Lenguaje y significado* (1969, 89) es su contribución a esa puesta al día desde la crítica del lenguaje. Pero Rossi fue siempre un escritor, y desde la filosofía y la literatura exploró las formas más dúctiles del ensayo, entre la notación y la crónica, entre la reflexión y el diario, elaborando, en el proceso, un nuevo lenguaje narrativo, sutil de ingenio y fluido de dicción, que discurre como una conversación íntima y cierta. Esos ensayos, prosas y relatos, fueron apareciendo en las revistas *Plural* y *Vuelta*, que dirigió Octavio Paz, bajo el rubro de *Manual del distraído*, y tuvieron su primera compilación en 1987. Entretanto, había escrito los cuentos de *Sueños de Occam*, que serían parte de su libro *El cielo de Sotero* (Barcelona, Anagrama, 1987). *Manual del distraído* (1980, 1997) y *La fábula de las regiones* (1997), donde el acopio de voces y memorias es un arte mayor, fueron así mismo publicados por Anagrama. Se puede considerar esas ediciones como definitivas, porque los textos de Rossi, debido a su peculiar carácter fronterizo, entre géneros tramados por la misma charla, migran de un libro a otro, y no se están del todo quietos en uno de ellos. Estas fábulas son el monólogo de una nacionalidad latinoamericana previa a la demarcación estatal de las fronteras y su consiguiente historia reescrita. Ese mismo carácter trashumante contamina la forma fragmentaria a que se deben, como la saga de un relato que se rehúsa a concluir.

Primero exiliado, después latinoamericano afincado, y finalmente ciudadano mexicano, Rossi desarrolló su obra en México como un lúcido puente entre la palabra crítica del intelectual arraigado y la voz encantada del narrador de las fronteras cruzadas de ida y vuelta. En 1999 obtuvo el Premio Nacional de Artes y Ciencias.

Se diría que a lo largo de estos años de peregrinaje intelectual y vital, no ha hecho sino regresar a casa, a la sombra de México y la luz de su Universidad.

3. Persona en fábula

La breve obra de Alejandro Rossi se hace leer como si fuese una biblioteca completa. Narrador natural, filósofo de vocación, Rossi es un escritor